

## LA METÁFORA DEL SUJETO\*<sup>1</sup>

Este texto es el reescrito, hecho en junio de 1961, de una intervención aportada el 23 de junio de 1960 en respuesta al Sr. Perelman, el cual arguyó acerca de *la idea de racionalidad y de la regla de justicia* ante la Société de philosophie.

Testimonia cierta anticipación respecto de la metáfora, en cuanto a lo que nosotros formulamos después acerca de una lógica del inconsciente.

Debemos al Sr. François Regnault el habérselo recordado a tiempo para que lo adjuntáramos a la segunda edición de este volumen.

Los procedimientos de la argumentación interesan al Sr. Perelman por el desprecio (*mépris*) en que los tiene la tradición de la ciencia. Se ha visto así conducido ante una Sociedad de filosofía a litigar contra el error (*méprise*).

Sería preferible que fuese más allá de la defensa para llegar a unirse a él. Es en ese sentido que se dirigirá la observación de la que lo advertí: que es a partir de las manifestaciones del inconsciente de las que me ocupó como analista, que llegué a desarrollar una teoría de los efectos del significante donde reencuentro la retórica. De lo cual testimonia el hecho de que mis alumnos, al leer sus obras, reconocen allí el compromiso en que los pongo.

Así será llevado a interrogarlo no tanto sobre lo que él alegó aquí, quizás con demasiada prudencia, como sobre tal o cual punto en que sus trabajos nos llevan a lo más vivo del pensamiento.

La metáfora, por ejemplo, de la cual se sabe que articulo en ella una de las dos vertientes fundamentales del juego del inconsciente.

Concuerdo con el modo en que el Sr. Perelman la trata, revelando en ella una operación de cuatro términos, y hasta con aquello de lo que se justifica: separarla decididamente de la imagen.

---

\* Lacan, Jacques: "La Metaphore du sujet" en *Ecrits*, Paris, Seuil 1966, pág. 889.

<sup>1</sup> Cf. Nota de la pág 528. [Nota de la pág 528: Notamos que se enlaza a este artículo nuestra intervención del 23 de abril de 1960 en la Sociedad de filosofía, a propósito de la comunicación que el Sr. Perelman produjo allí sobre la teoría que da de la metáfora como función retórica – precisamente en la *Théorie de l' argumentation*. Se encontrará esta intervención en apéndice (Apéndice II) de este volumen.].

Sin embargo no creo que por ello tenga fundamento como para creer haberla reconducido a la función de la analogía<sup>2</sup>.

Si damos por establecido en esta función que las relaciones  $\frac{A}{B}$  y  $\frac{D}{C}$  se sostienen en su propio efecto, por la heterogeneidad misma en que se reparten como tema y foro, este formalismo ya no es válido para la metáfora, y la mejor prueba es cómo se embrolla en las ilustraciones mismas que el Sr. Perelman aporta.

Hay, si se quiere, cuatro términos en la metáfora, pero su heterogeneidad pasa por una línea divisoria: tres contra uno, y se distingue por ser la del significante al significado.

Para precisar una fórmula que di en un artículo titulado “La instancia de la letra en el inconsciente”<sup>3</sup>, lo escribiré así:

$$\frac{S}{S^1} \cdot \frac{S^2}{x} \rightarrow S \left( \frac{I}{S^n} \right)$$

La metáfora es radicalmente el efecto de la sustitución de un significante por otro en una cadena, sin que nada natural lo predestine a esta función de foro, sino que se trata de dos significantes, como tales reductibles a una oposición fonemática.

Para demostrarlo con uno de los ejemplos mismos del Señor Perelman, el que ha escogido atinadamente del tercer diálogo de Berkeley<sup>4</sup>: un océano de falsa ciencia, se escribirá así, –pues más vale restaurar lo que ya la traducción tiende a “adormecer” allí (para honrar, con el Sr. Perelman, una metáfora muy lindamente hallada por los retóricos):

$$\frac{\text{anocean}}{\text{learning}} \text{ of } \frac{\text{false}}{x} \rightarrow \text{an ocean} \left( \frac{I}{?} \right).$$

Learning, “enseñanza”, en efecto, no es ciencia, y se siente aún mejor que este término tiene tanto que ver con el océano como los cabellos con la sopa. La catedral sumergida de lo que hasta entonces se ha enseñado relativo a la materia, no resonará sin duda tampoco en vano a nuestros oídos por reducirse a la alternancia de campana sorda y sonora con que la frase nos penetra: lear-ning, lear-ning; pero no lo hace desde el fondo de una napa líquida, sino desde la falacia de sus propios argumentos.

<sup>2</sup> Cf. Las páginas que nosotros nos permitimos calificar de admirables del *Traité de l'argumentation*, t. II (en la P.U.F.), pp.497-534. / *Tratado de la argumentación*, Editorial Gredos, Madrid, 1994 – pág. 569.

<sup>3</sup> Cf. *L'instance de la lettre dans l'inconscient*, pp.493 –528 de este vol. / *La instancia de la letra en el inconsciente* pág.

<sup>4</sup> *Traité de l'argumentation*, p.537. / *Tratado de la argumentación* pág. 613.

De los cuales el océano es uno entre ellos, y nada más. Quiero decir: literatura, a la que hay que devolver a su época, por la cual soporta el sentido de que el cosmos en sus confines puede devenir un lugar de engaño. Significado entonces, me dirán ustedes, de donde parte la metáfora. Sin duda, pero en el alcance de su efecto, franquea lo que allí no es más que recurrencia para apoyarse en el no-sentido (non-sens) de lo que es sólo un término entre otro del mismo learning.

Al contrario, lo que se produce en el lugar del punto de interrogación en la segunda parte de nuestra fórmula, es una especie nueva en la significación, la de una falsedad por la que la refutación no apela, insondable, onda y profundidad de un ἄπειρος (*apeiron*) de lo imaginario en el que se hunde toda vasija que quisiera tomar (*puiser*) de allí.

Al ser “despertada” en su frescor esta metáfora como cualquier otra se revela como lo que es entre los surrealistas.

La metáfora radical está dada en el acceso de rabia narrado por Freud, del niño, todavía inerte en grosería, que fue su hombre de las ratas antes de terminar como neurótico obsesivo, el cual, al ser contrariado por su padre, lo apostrofa: “Du Lampe, du Handtuch, du Teller, usw.” (Tú lámpara, tú servilleta, tú plato... y qué más). En lo cual el padre titubea en autenticar el crimen o el genio.

En lo cual nosotros mismos entendemos que no se pierde la dimensión de injuria en que se origina la metáfora. Injuria más grave de lo que se la imagina, al reducirla a invectiva de guerra. Pues es de ella que procede la injusticia gratuitamente hecha a todo sujeto con un atributo mediante el cual cualquier otro sujeto se anima a decentarlo (*entamer*). “El gato hace guau-guau, el perro hace miau-miau”. He aquí de qué modo el niño delecta los poderes del discurso e inaugura el pensamiento.

Uno puede asombrarse de que yo experimente la necesidad de llevar tan lejos las cosas que conciernen a la metáfora. Pero el Sr. Perelman me concederá que al invocar, para satisfacer su teoría analógica, las parejas del nadador y del sabio, luego de la tierra firme y la verdad, y confesar que así se las puede multiplicar indefinidamente, lo que expresa pone de manifiesto hasta la evidencia que todas ellas están por igual fuera de foco y vuelve a lo que digo: que la adquisición de alguna significación no tiene nada que ver en el asunto.

Por supuesto, decir la desorganización constitutiva de toda enunciación no es decirlo todo, y el ejemplo que el Sr. Perelman reanima de Aristóteles<sup>5</sup>, del

---

<sup>5</sup> *Traité de l'argumentation* p. 535. / *Tratado de la argumentación* pág. 611

atardecer de la vida para decir la vejez, nos indica suficientemente la circunstancia de no mostrar tan sólo la represión de lo más desagradable del término metaforizado, para hacer surgir de él un sentido de paz que no implica de ningún modo en lo real.

Porque si cuestionamos la paz del atardecer, advertimos que no tiene otro relieve que el del tono bajo de las vocalizaciones, así se trate del jadeo de los cosechadores o del alboroto de los pájaros.

Después de lo cual, tendremos que recordar que por muy blablablá que sea esencialmente el lenguaje, sin embargo es de él que proceden el tener y el ser.

Sobre lo cual juega la metáfora que nosotros mismos elegimos en el artículo citado recién<sup>6</sup>: “Su gavilla no era avara ni rencorosa” de Booz dormido, no es canción vana que evoque el vínculo que en el rico une la posición de tener al rechazo inscripto en su ser. Pues es el callejón sin salida del amor. Y su negación no haría nada más aquí, lo sabemos, que plantearla, si la metáfora que introduce la sustitución de “su gavilla” por el sujeto, no hiciese surgir el único objeto para el cual tenerlo necesita la falta en serlo: el falo, en torno del cual gira todo el poema hasta su última vuelta.

Vale decir que la realidad más seria, e incluso para el hombre la única seria, si se considera su papel al sostener la metonimia de su deseo, sólo puede ser retenida en la metáfora.

¿Adónde quiero llegar, sino a convencerlos de que lo que el inconsciente trae a nuestro examen es la ley por la cual la enunciación nunca se reducirá al enunciado de discurso alguno?

No digamos que elijo mis términos, sea lo que fuese que tenga para decir. Aun cuando no sea vano recordar aquí que el discurso de la ciencia, que se encomendaría a la objetividad, a la neutralidad, a la grisalla, y hasta al género sulpiciano, es tan deshonesto, tan negro de intenciones como cualquier otra retórica.

Lo que hay que decir es que el yo de esta elección nace en otra parte que allí donde se enuncia el discurso, precisamente en quien lo escucha.

¿No es dar el estatuto de los efectos de la retórica mostrar que éstos se extienden a toda significación? Que se nos objete que se detienen en el discurso matemático, tanto más de acuerdo estamos en que a este discurso lo apreciamos en el grado más alto porque no significa nada.

---

<sup>6</sup> Cf. *L'instance ...*, p. 506. / Cf. *La instancia...*, pág. 192.

El único enunciado absoluto fue dicho por quien corresponde: a saber que ninguna casualidad (*coup de dé*)<sup>7</sup> en el significante abolirá jamás el azar, – por la razón, añadiremos, de que ningún azar existe más que en una determinación de lenguaje, y ese bajo cualquier aspecto que se lo combine, de automatismo o de encuentro.

Versión: *Roberto Pinciroli*

---

<sup>7</sup> [Una frase de Mallarme dice: “Un coup de dés jamais n’abolira le hasard”. N.T.]